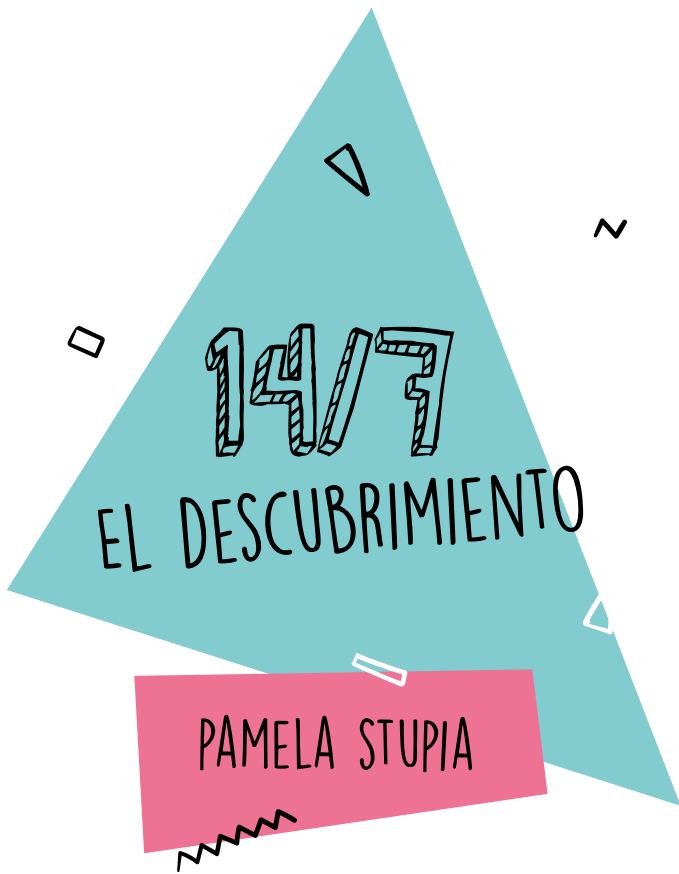


14/7

EL
DESCUBRIMIENTO



PAMELA
STUPIA



,

The header features a yellow triangle at the top left with a white square and a black triangle inside. To its right is a teal triangle with a white triangle and a white squiggle. Below these is a large pink triangle containing a white number '1' and a black zigzag line. The word 'CAPÍTULO' is written in a black, hand-drawn font to the left of the pink triangle. Various other geometric shapes like a black triangle, a white squiggle, and a black zigzag line are scattered around the page.

CAPÍTULO

1

Bianca era de esas personas que odiaban la rutina; vivir en una ciudad tan pequeña no la ayudaba a sentirse realmente feliz.

San Carlos de Bariloche pertenece a la provincia de Río Negro, al sur de la Argentina. Un lugar que muchos eligen como destino de vacaciones en invierno, ya que se puede esquiar, y en verano, porque tiene bellos lagos y bosques. Las chocolaterías son un clásico en la ciudad, donde sin lugar a dudas se come el mejor chocolate del mundo. Los dulces de frambuesa, arándanos y mora son otros de los clásicos; si te adentrás en las rutas, podés ver muchas plantaciones de estos frutos deliciosos que necesitan de un clima específico para subsistir. Sin embargo, ni sus cerros, ni sus lagos, ni el gran mito del monstruo que habita el lago Nahuel Huapi resultaban relevantes para ella.

Inviernos superfríos y veranos repletos de flores se sucedían año tras año. Turistas de todo el mundo y muchos estudiantes egresados pasaban cada temporada,



pero para Bianca eran parte del paisaje al que estaba acostumbrada.

Nació en Buenos Aires, pero sus papás decidieron mudarse a Bariloche cuando tenía apenas un año, y no recordaba absolutamente nada de ese lugar al que nunca más había vuelto. Su infancia fue tranquila y la adolescencia que estaba comenzando iba por el mismo camino. Tenía amigos, aunque era especialmente fan de pasar largas tardes sola en su cuarto, escuchando música, dibujando o simplemente mirando el paisaje.

Su casa se encontraba ubicada sobre un cerro, en la zona que quienes viven en Bariloche llaman “los kilómetros”, básicamente porque bordea la ruta que lleva a los turistas de excursión en excursión. Leños, muebles de madera, cortinas a cuadros y fotos por todos lados, así era la pequeña casa de Bianca, donde pasaba las veinticuatro horas de todos sus días, excepto de marzo a diciembre, cuando iba al colegio por la mañana, para lo que tenía que abrigarse de manera extrema en pleno invierno, cuando la nieve tapaba la ciudad.

Esa mañana de verano, paradójicamente, fue diferente. Bianca había decidido quedarse en casa y estaba dibujando en su cuarto, como casi siempre que tenía tiempo libre.

Dibujar era una de sus pasiones, y tenía un gran don para dibujar personas, así que siempre que podía, aprovechaba para hacer retratos de sus ídolos. En ese momento dibujaba a Aria, uno de los personajes de su serie preferida: *Pretty Little Liars*. Había intentado dibujar paisajes, pero le resultaba aburrido: tal vez el hecho de tener uno de los paisajes más bellos frente a ella todos los días la había inmunizado. También había intentado

dibujar objetos, pero no le divertía, así que se había resignado a dibujar personas, lo que muchas veces implicaba que se pusiera a mirar los rostros de los pasajeros del colectivo e imaginara cómo dibujarlos. Había decidido ser ilustradora cuando terminara la escuela, ninguna otra cosa le gustaba tanto como dibujar. Sentía que era el único momento en el que se conectaba consigo misma y podía pasar horas haciéndolo, aunque para ella eran solo minutos.

Terminar la escuela primaria la había hecho pensar mucho en qué haría cuando terminara la secundaria. Está bien, faltaban unos cuantos años, pero Bianca siempre quería tener un plan. La hacía sentir más relajada saber qué tenía por delante. Algo que iba a contramano del hecho de que odiaba la rutina. Cosas raras que uno nunca entiende.

Había decidido ser ilustradora en vez de una artista que pinta cuadros para exponer, porque su idea era ilustrar revistas. Imaginaba que sus dibujos salían en una revista y le parecía estar soñando. Lo quería hacer real, así que iba a seguir haciendo retratos, pero en algún momento iba a tener que animarse a más.

Estaba en su mundo, dibujando a Aria, cuando escuchó que Eduardo, su papá, volvía del trabajo más temprano de lo normal. “¿Qué onda? ¿Se fue hace tres horas y ya volvió?”, pensó. Se asomó por la ventana y lo notó extraño. Se había quedado parado al lado del auto, leyendo algo en el celular por unos minutos. Bianca veía la entrada de la casa a la perfección desde una de las ventanas de su cuarto, por eso sabía exactamente los horarios de todos sus vecinos y la ropa que usaban a diario. Lo mejor de todo era que, a través de la otra ventana de



su cuarto, veía el lago celeste, iluminado por el sol. Un espectáculo de la naturaleza.

Se sentó para ver mejor a través de la ventana. Su papá seguía allí: algo raro estaba pasando. En ese momento, vio salir de la casa a Isabel, su mamá. Bianca los vio intercambiar miradas, estaban serios, nada bueno estaba pasando; la chica dejó de tener una visión perfecta de la situación cuando los papás entraron a la casa.

Salió de su cuarto sin hacer demasiado ruido y bajó las escaleras. Escuchó un murmullo: Eduardo e Isabel siempre eran dulces y buenos con Bianca, pero tenían la mala costumbre de ocultarle cosas para que “no se preocupara”. Ante la certeza de que no le contarían qué pasaba, Bianca se sentó en la escalera, el lugar perfecto para que no la vieran, y trató de escuchar lo que decían. Después de tantos años de escuchar detrás de puertas, Bianca se sentía experta en la materia e, increíblemente, siempre tenía la misma buena suerte: cuando se disponía a prestar atención, los murmullos se volvían más fuertes y se enteraba de todo. “Algún día me va a servir de algo este entrenamiento”, pensó.

—Es la semana que viene, tenemos que irnos de la ciudad —dijo Eduardo.

Claramente se trataba de algo relacionado con el trabajo. A su papá le importaba muchísimo su desempeño laboral e Isabel siempre trataba de que se relajara un poco. Sin embargo, para sorpresa de Bianca, esta vez fue diferente. La respuesta de su mamá fue rápida:

—Ok, voy a organizar la mudanza. Podemos hablar con Bianca más tarde.

Entró en pánico. Era cierto que estaba harta de las montañas y del lago, pero tenía amigos y se llevaba muy

bien con ellos. Amaba su cuarto, no quería irse de ahí. Subió los escalones que separaban el escondite de su cuarto y entró desesperada. Respiró hondo. Miró a su alrededor: las paredes de madera, la manta ultraabrigada sobre la cama. “¿Por qué está puesta si es pleno verano?”, se preguntó, y evitó responder porque era irrelevante ante la situación que estaba viviendo.

Caminó unos pasos hacia la otra ventana de su cuarto; se veía perfectamente el lago Nahuel Huapi. Respiró hondo y miró hacia la pared frente a su placard. Tenía un espejo en el que se miraba poco. Se sentó en el piso y observó su imagen; hacía rato que no se detenía a mirarse. Había crecido, no sabía si era real o era algo que sentía porque acababa de terminar la escuela primaria. Estudió su reflejo. Era alta, medía 1,75 m y tenía 13 años; los zapatos de sus amigas siempre le quedaban chicos. Era injusto, siempre tenía que comprarse zapatos nuevos porque no tenía la opción de que se los prestaran. Su pelo largo y lacio era castaño oscuro, casi negro, igual que los ojos. Su piel era blanca y, según ella, Bariloche la hacía más pálida aún. Tenía manos pequeñas, pero dedos muy largos y detestaba sus piernas, largas y finas, sentía que tenía dos escarbadientes. No entendía cómo sus amigas le envidiaban las piernas, si era lo que ella más odiaba de su cuerpo.

Miró su ropa, pensó que sus amigas le dirían lo mismo de siempre: “Blanca, ponele onda”. Se vestía de manera muy simple porque así se sentía más segura. Camiseta blanca, jeans negros y zapatillas blancas. Ese era su *look* desde siempre y no estaba en sus planes cambiarlo. No le gustaba maquillarse, la aburría y le parecía que no era necesario, aunque hacía algunas semanas había empezado



a usar máscara de pestañas después de que sus amigas le habían implorado que lo hiciera.

—Sos hermosa, Bianca. Si te maquillaras y te pusieras un vestido, superarías a Kendall Jenner —le decían siempre.

Sin embargo, Bianca se sentía cómoda y feliz así, y seguía en su plan; era mucho esfuerzo y no tenía sentido producirse tanto.

Se levantó y dio unos pasos. No podía creer lo que estaba pasando, jamás hubiese pensando que un día iba a tener que dejar la ciudad. Si bien renegaba de la tranquilidad del lugar, nunca había planeado irse. Estaba devastada.

Se sentó, sacó una caja enorme de abajo de la cama y la abrió. Estaba llena de dibujos. Eran obras de arte, tenía un gran don que ella no valoraba demasiado. Nadie sabía que dibujaba, solo sus papás, que se sorprendían cada vez que veían una nueva creación.

—Solo voy a llevarme esto —dijo en voz alta—. Si hay que volver a empezar, voy a hacerlo desde cero.

Golpearon la puerta; Eduardo e Isabel entraron a darle la gran noticia. Debido al trabajo de su papá, se mudaban a Buenos Aires la semana siguiente.



The header features a yellow triangle at the top left with a white square and a white triangle inside. To its right is a teal triangle with a white triangle and a white squiggle. Below these is a pink triangle containing a large white number '2' with a zigzag line at its base. The word 'CAPÍTULO' is written in a white, hand-drawn font to the left of the pink triangle. Various other geometric shapes like a white square, a white triangle, and a white squiggle are scattered around the page.

CAPÍTULO 2

La semana por momentos pasó muy rápido y por momentos, extremadamente lento. Bianca experimentó todas las sensaciones posibles: lloró, se entusiasmó, tuvo miedo, nervios, ansiedad, felicidad... todo junto, en solo siete días. Sin embargo, nada de eso importaba porque había llegado el momento en el que su vida daría un giro de 180 grados. No recordaba nada de Buenos Aires y solo había conocido a una persona de esa ciudad en toda su vida. No está de más decir que nunca había soportado a esa chica, por lo que el pronóstico no era bueno.

Hacia exactamente una semana se había enterado de que todo lo que había vivido en trece años iba a pasar a la historia. Sus amigos, su casa, la ciudad... todo sería parte del pasado en cuestión de segundos. No podía creer que iba a tener que ver el lago por fotos o que nunca más iba a poder ir a una de las chocolaterías más ricas de Bariloche, Del Turista, a comer su tostado preferido y la medialuna veneciana con jamón y queso.





Todas las pequeñas cosas que amo de la vida se van a esfumar.

 Me gusta

 Comentar

La frase que escribió en su perfil de Facebook recibió una cantidad increíble de “Me entristece”.

Había llamado a sus amigos el mismo día que se había enterado de la noticia y habían pasado una linda tarde en Playa Bonita para despedirla. Amaba ese lugar; aunque no era de los osados que hacían deportes acuáticos, adoraba sentarse a mirar el paisaje, sentía que era el mismo de todos los días, pero desde otra perspectiva. Sin lugar a dudas lo iba a extrañar.

Con sus papás también habían hecho una especie de “ritual” de despedida. Habían ido a comer afuera toda la semana, para despedirse de cada uno de sus restaurantes preferidos, y el último día habían ido al teleférico del cerro Otto para quedarse con esa visión de la ciudad desde arriba, para siempre.

El cerro Otto la remontaba a su infancia: cuando era chiquita, subir al teleférico era una de sus actividades preferidas. Tenía vértigo, pero las cápsulas que la transportaban hacia arriba le daban seguridad. Y lo mejor estaba arriba: una confitería giratoria, que aún existe y que le encantaba. Mientras se tomaba un submarino, disfrutaba del paisaje desde todos los puntos, gracias a los giros lentos de la confitería. Después de todo, le encantaba esta ciudad y a sus papás también.

A Eduardo nunca lo habían trasladado, se suponía que era una buena noticia, pero Bianca veía a sus papás tristes, desanimados por dejar la ciudad. No entendía

cómo una persona, solo por trabajo, podía dejar atrás todo lo que amaba. Sin embargo, Bianca se guardó todos estos pensamientos porque no quería ser un peso más para su papá.

Bariloche es una ciudad que en solo 220 kilómetros tiene muchas cosas: lagos, montañas, bosques y un pequeño centro que Bianca amaba y recorría todos los días con Clara y Agustina, sus mejores amigas, sobre todo en la época en que los estudiantes de secundaria visitaban la ciudad por su viaje de egresados. Siempre una de las tres se enamoraba de algún estudiante con el que nunca pasaba nada y que en tres días no vería nunca más. Era parte de la diversión; de hecho Bianca, tenía varios dibujos de estudiantes que había conocido durante el último año. Básicamente porque antes de ese año, los chicos le importaban poco y nada.

Nunca había tenido novio ni había estado cerca de tenerlo y sus amigas tampoco, pero el último año Clara se había enamorado de media ciudad. Por suerte, el enamoramiento le duraba poco. Bianca se divertía muchísimo con ella, eran muy diferentes, pero sentía que esas diferencias las hacían aún más compinches.

Clara era graciosa, divertida, extrovertida y amaba ponerse vestidos, shorts y todo eso que Bianca jamás hubiera usado. Se apoyaban en todo y se conocían desde el jardín. Una de las cosas más duras para Bianca sería separarse de ella. Habían planeado muchas cosas juntas y la secundaria era algo que estaban esperando ansiosas hacía mucho tiempo. No podía creer que iban a empezarla en dos lugares diferentes.

Como despedida, Bianca, Clara y Agustina durmieron juntas en la casa de Clara. Bueno, “dormir” fue lo



que deberían haber hecho, pero en realidad pasaron la noche pintándose las uñas, mirando películas, series y videos en YouTube y cuando se dieron cuenta, ya estaba amaneciendo.

Había llegado el día. Bianca se levantó más cansada de lo normal después de la gran noche con sus amigas. Estaba nerviosa, las saludó con un fuerte abrazo deseando que no fuera el último, y fue hacia su casa.

Antes de entrar, decidió pasar unos últimos minutos frente al lago. Era una linda mañana de verano, pero el agua estaba congelada como siempre. Se quedó un buen rato mirando el paisaje y pensando qué pasaría en su vida. “¿Volveré alguna vez?”, se preguntó y deseó con todas sus fuerzas que la respuesta fuera un sí. No podía creer todo lo que no había valorado en este tiempo. Estaba enojada consigo misma, pero en el fondo también se sentía intrigada y un poco entusiasmada por esta nueva vida. Toda la semana había sido así: entusiasmo, decepción, alegría... ya no sabía ni siquiera qué era lo que quería.

Estaba mareada de sentimientos hasta que vio a dos chicos que jugaban a unos metros. Eran mellizos y tendrían alrededor de siete años. Los miró con una sonrisa, recordaba todas las mañanas de verano que había pasado en ese mismo lugar con Clara. Hizo un esfuerzo por escuchar lo que decían.

—Tenés que ponerte las zapatillas para no lastimarte con las piedras y tener valor aunque el agua esté fría —le dijo uno al otro.

—No tengo valor —respondió el segundo.

—Inventalo, imaginate que lo tenés.

Bianca sonrió a la distancia y decidió que era el momento. “Voy a imaginar que tengo valor”, pensó, y caminó hacia su casa, donde sus papás la esperaban.

Increíblemente, Eduardo había decidido hacer el viaje a Buenos Aires en auto, de modo que tenían por delante casi veinticuatro horas hasta llegar a la ciudad. Con eso en mente, Bianca había preparado todo lo necesario: celular, tres cargadores portátiles para no quedarse sin batería ni por casualidad, hojas, lápices y un par de revistas de chimentos bizarros que la iban a mantener entretenida. Su mamá había armado una canasta con provisiones y habían llenado el baúl de chocolates y mermelada de frambuesa; querían tener algo de Bariloche en su nueva vida porteña.

Subieron al auto y emprendieron el gran viaje. Bianca no podía creer lo que iba a vivir: nueva casa, nueva ciudad, nueva escuela... vida nueva. Su mamá estaba ansiosa, parecía ser la más feliz. Eduardo, en cambio, estaba más silencioso de lo normal, cosa que sorprendía a Bianca. Su papá siempre había sido un apasionado de su trabajo y este ascenso con traslado incluido era positivo, sin embargo, algo lo tenía preocupado.

Después de hacer unos cuantos garabatos que terminaron en la basura y unas paradas para descansar, Bianca se puso los auriculares y decidió dormir para acelerar un poco la travesía, pero no lo consiguió. La discografía completa de One Direction y el nuevo disco de Shawn Mendes sonaron mientras veía cómo el paisaje se transformaba. Ya no había montañas ni lagos y atravesaban una autopista. Los autos ya no se veían tan embarrados y la gente en ellos era diferente... estaban en Buenos Aires.



Bianca sintió de nuevo todo junto: tristeza, ansiedad, alegría, angustia y unas ganas increíbles de no haberse quejado jamás de la tranquila vida de Bariloche. Unos minutos más tarde estaban en medio de la ciudad. La gente corría para todos lados, había miles de colectivos y carteles enormes. No había chocolaterías y Bianca se quedó perpleja. Se sacó los auriculares y escuchó todo lo opuesto al silencio de su Bariloche tan querido. Vio cómo Eduardo la miraba preocupado por el espejo retrovisor y le sonrió: “Ok, papá... ¿y en qué barrio está nuestra nueva casa?”.

